



[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

© 2016, Rafael Salmerón

© De esta edición:

2016, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-154-8

Depósito legal: M-37.915-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: marzo de 2016

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

27  
LATIDOS

RAFAEL  
SALMERON

loqueleg

*Hope there's someone  
Who'll take care of me  
When I die, will I go*

*Hope there's someone  
Who'll set my heart free  
Nice to hold when I'm tired*

*There's a ghost on the horizon  
When I go to bed  
How can I fall asleep at night  
How will I rest my head*

*Oh I'm scared of the middle place  
Between light and nowhere  
I don't want to be the one  
Left in there, left in there*

*Hope there's someone  
Who'll take care of me  
When I die, will I go*

*«Hope There's Someone»  
Antony and the Johnsons*

## Latido n.º 1

7

El taxi frena bruscamente, evitando por unos pocos centímetros los torpes andares del chico que, con la mirada perdida en la cegadora luz de las farolas que iluminan la calle, estrecha y desierta, se lanza al asfalto sin miramientos ni precauciones.

—¡Estás loco! ¡Mira por dónde vas! —chilla el taxista bajando la ventanilla.

El chico, con el rostro dibujado de sorpresa, sonrío y se aleja dando tumbos, regalándole al conductor uno de sus dedos, solitario y mudo desafío, más costumbre o reflejo que verdadero reto.

—¡Gilipollas! —ladra el taxista, antes de volver a subir la ventanilla y alejarse entre las brumas de la madrugada.

Arrastrando los pies, el chico alcanza la acera de enfrente y, al chocar contra el capó de un coche aparcado, está a punto de perder pie y de dar con sus huesos en el suelo. Sin embargo, sujeto por los débiles e invisibles hilos del azar, continúa su camino, renqueante, hacia el oscuro portal que hay unos pocos metros más adelante,

entre los cierres echados de la farmacia y del rancio bar donde, de vez en cuando, su abuelo se toma un vermú con sus también rancieros parroquianos.

8 Una vez en el portal, el chico saca las llaves del bolsillo, aunque sus torpes dedos no consiguen retenerlas e, irremisiblemente, caen al suelo. Y no son las llaves lo único que cae sobre los sucios adoquines. Sin embargo, el chico, con los sentidos bajo mínimos, no se da cuenta. Pero lo que sí sabe es que ha de recoger el llavero caído, así que se agacha muy despacio, calculando con cuidado cuánta concentración y control necesita para llevar a buen término su tarea. En cuclillas, tantea el suelo con la mano, buscando entre sombras y brillos borrosos las llaves que han de franquearle la entrada. Las yemas de sus dedos acarician el frío y suave metal, aunque también encuentran algo más. El chico acerca a sus turbios ojos ese algo inesperado, un algo que reconoce enseguida. Entonces, una sonrisa de intoxicada satisfacción curva sus labios. Unos labios a los que se lleva inmediatamente esa sorpresa caída y antes olvidada en el bolsillo de los vaqueros. Con cuidado, saca el mechero de la chupa y prende fuego al papel enrollado y arrugado. Aspira con fuerza, sintiendo cómo sus pulmones se inundan del cálido y familiar humo del aceite de hachís. Con la cabeza apoyada en la puerta de cristal y hierro, fuma con los ojos cerrados, deteniendo el tiempo por un momento, mientras siente que su cuerpo pertenece al humo y al frío de la noche y deja la mente en blanco, abriéndose un pequeño hueco en la nada.

Finalmente, después de tres profundas y largas caídas, lanza lo que queda del porro encendido sobre el capó de un coche aparcado y, con el pulso vacilante, abre la puerta. Sus piernas, que le pesan como dos sacos de arena, realizan la gesta de subir los dos pisos de escaleras que le separan de su casa. Una vez frente a la puerta, tantea a ciegas, según intenta introducir la llave en la cerradura durante unos segundos eternos y nebulosos. Cuando ya parecía imposible, todo encaja, y la puerta se abre en silencio. El chico se lleva un golpe sordo contra el aparador que hay a la izquierda al adentrarse en la oscuridad del hogar, arrastrando el chirrido de sus zapatillas de deporte por el estrecho pasillo. Entonces, al pasar junto al cuarto de baño, siente cómo su estómago da la voz de alarma y, tras encender la luz de un manotazo, se deja caer de rodillas junto al váter y, con el tiempo y los reflejos justos para levantar la tapa, vomita todos los líquidos, los sólidos, y tal vez los recuerdos, de una noche que ya ha pasado. Una de tantas.

—¿Nico? —pregunta una voz ronca que vuelve desde las lejanas fronteras del sueño.

El chico no oye cómo su abuelo lo llama. Sin embargo, el viejo, que aguza el oído, sí escucha cómo su nieto echa las tripas por el desagüe, pagando los efectos de una noche de excesos. Una de tantas.

## Latido n.º 2

10 Las prisas de la mañana van y vienen, esperan en las paradas del autobús, se desesperan en los atascos, caminan arrastrando los pasos y el sueño, que se muda como una camisa de serpiente gastada y seca.

Los humos de los tubos de escape, de las calefacciones, las ardientes bolsas de aire de las bombas de calor, el sonido de un claxon, tal vez una sirena lejana, que busca o que lleva, el murmullo de los murmullos que se amortiguan, y las respiraciones agitadas, y las persianas que se levantan con brusquedad, y el llanto de un niño, y algún que otro llanto. Todo eso canta la pálida y sucia música de la mañana.

En las aceras, la gente pasa. Es lunes y, como todos los lunes, muchos tienen los ojos enganchados en las puntas de sus zapatos. Unos van al trabajo, otros al colegio o al instituto o a la universidad. Otros, cada día más, simplemente van, pues no saben, no quieren quedarse quietos bajo las sábanas heladas, abrigados con el miedo y la culpa, o con la desesperanza que sopla en sus nuca un futuro cada vez más borroso y amargo.



Afuera, en la calle que se sacude a manotazos el sueño, la brisa fría y cortante que aún huele a alba y a dióxido de carbono se cuela entre los huecos de la chupa, se abre paso hasta los labios, hasta las fosas nasales, hasta los párpados secos. Y él —Augusto Monroy como su padre, Gusto para muchos, el chico, o el hombre— todavía no lo sabe, todavía está en ello. Aprieta con fuerza la mano delicada, enguantada en lana de color violeta, de su hermana pequeña, camino del instituto. Ella aprieta también con sus dedos delgados de niña, y se aferra a esa garra fuerte y protectora.

11

—¿Seguro que no tienes frío? —vuelve a preguntar él mientras mira a su hermana desde arriba, como se suele mirar a una hermana pequeña. Aunque ya no sea tan pequeña, pero de eso él aún no se ha dado o no quiere darse cuenta.

—Qué pesadito eres...

Él la mira como se mira el agua que se escapa entre los dedos. Maravillado y al mismo tiempo aterrado.

Ella, con los ojos al frente, siente la mirada de su hermano y, sintiéndose importante, sonrío apenas. Él es su guardián, su apoyo, su confidente. Además, es un hermano de lo más guay. Siempre está pendiente de ella, de vez en cuando le compra caprichos, como esa mochila tan chula que lleva colgada del hombro izquierdo, y no está todo el día dándole la coña, no como hace su madre. Por lo menos los pocos ratos que comparten en los escasos huecos que quedan entre su trabajo de enfermera de tarde y noche y sus biorritmos cambiados. Sin embargo, él,

su hermano, que apenas hace un instante que dejó de ser un crío, o por lo menos eso le recuerdan todos a la primera que pueden, siente que tiene que ocupar el vacío que dejó hace años su padre. Hace ya que aquel hombre duro y frío salió por la puerta sin mirar atrás, dejándose gritos, reproches y malhumores. Incluso algún que otro golpe, aunque eso su madre no quiera reconocerlo. Y a aquel desconocido al que ni saben ni quieren llamar «papá» lo ven ya muy de vez en cuando, unos «de vez en cuando» cada vez más cortos y más espaciados. Aunque eso, la verdad, a ninguno de los dos les importe demasiado.

En cuanto ve a sus amigas con las mochilas al hombro, con esos gestos de querer parecer mayores, la hermana pequeña de Gusto trota a su encuentro. Pero como siempre, al menos todavía, vuelve la cabeza un momento y se despide de él con una sonrisa y alzando la mano fugazmente, la mano enguantada de color violeta. Mientras, sus amigas esconden las risas nerviosas, cuchicheando, comentando entre dientes lo guapo y lo interesante y lo guay que es su hermano mayor, y la suerte que tiene ella de tener un hermano mayor tan guapo y tan interesante y tan guay.

Y Gusto mira, inmóvil sobre la acera, en mitad del río de niños y de padres que se sumergen, cómo su hermana se aleja.

Unos segundos después, Gusto regresa sobre sus pasos y va hacia el parque que hay frente al colegio privado del barrio. Esa pequeña isla verde es su territorio, su mercado, su oficina. Los bancos del parque, las farolas

tristes, los jardineros que pasan sin hacer preguntas y el quiosco que hay fuera ya de los límites de la zona ajardinada, junto a la avenida.

Es pronto, y todos están en clase, así que Gusto va hacia el quiosco. Ese quiosco lo regenta el viejo Román. Aún no es un anciano, pero sus cabellos largos y blancos y sus barbas blancas y largas le hacen parecer mayor, como un sabio y vetusto chamán, o como un marinero que espera en tierra a que se lo lleve una última ola.

—Hola, Román. ¿Qué tal empieza el día?

—Ya ves —dice el hombre, señalando las primeras planas de los periódicos de la mañana—. Otro día más de sometimiento y esclavitud.

Gusto no puede contener una risa corta y brusca.

—Tú siempre tan optimista.

—Realista, chaval, realista. A mí no me engañan con sus números y su palabrería burocrática. Esto no es ninguna crisis, amigo mío. ¡Esto es una estafa! La estafa más grande y vergonzosa de la historia.

Gusto vuelve a reír, y levanta el puño al aire.

—No nos queda otra, ¡la revolución!

—No seas tan gracioso. Además, no vas desencaminado.

—No te pongas así, Román. Es demasiado temprano para estar tan cabreado. Ya tendrás tiempo a lo largo del día.

—Eso seguro, chaval. Aunque ya sabes que, en el fondo, dentro de mí hay un optimista irreductible que no pierde la esperanza de que algún día vosotros, los jóvenes, mováis el culo y cojáis la sartén por el mango.

—¡Y los aticemos con ella en toda la cara!

Ahora es el viejo el que ríe, con los ojos cerrados, agitando las blancas barbas y los blancos cabellos.

14 Román, el quiosquero, es un hombre peculiar. Viejo anarquista, libertario, perdedor de mil batallas, a veces habla de sí mismo en tercera persona, como si ese «viejo Román» fuese alguien al que no hay que hacer mucho caso, alguien a quien no se debe tomar muy en serio, pues hace ya demasiado que su tiempo pasó. Sin embargo, a pesar de la diferencia de edad, y a pesar de muchas otras cosas, el viejo Román —ese hombre con la cabeza y el rostro cubiertos de nieve, con los pequeños ojos azules que brillan como ascuas de un incendio que se extingue, pero que aún puede prender con su chispa la última de las mechas— es amigo de Gusto. De este Gusto de dieciocho años, este Gusto que no estudia, que no trabaja, que pasa el día vagabundeando, gastando el tiempo a puñados en el paréntesis que hay entre el camino de ida al instituto de su hermana y el camino de regreso a casa. De este Gusto que rasga las cuerdas de su guitarra eléctrica casi con hastío. De este Gusto que guarda en los bolsillos pequeñas pastillas de colores, de formas y de nombres variados y de propósito único. De este Gusto que entrega a escondidas la mercancía a cambio de un puñado de billetes. Y todo eso, el viejo Román lo sabe. Y, a pesar de ello, Gusto y Román son amigos. Sin embargo, en alguna que otra ocasión, no siempre, el quiosquero parece verse en la obligación de pronunciar palabras de reprobación, de reproche,

unas palabras que no parecen tuyas, que toma prestadas del libro de las normas sociales, de las reglas fundamentales del respeto y del acatamiento de las leyes y del sistema establecido. Unas palabras que caen entre ellos como una piedra en un estanque de aguas oscuras e insondables.

—¿Por qué vendes esa porquería, chaval?

Gusto se toma su tiempo para responder. Aunque no esperaba la pregunta en ese preciso instante, no se sorprende, ni se esconde, ni se pone a la defensiva. Y, desde luego, tampoco se cabrea.

15

—Ya te lo he dicho otras veces, no lo sé muy bien —contesta por fin—. Para poder responderte tendría que tener claro cómo empecé en esto y, la verdad, es que no estoy muy seguro. Es como si un día me hubiera despertado y, ¡pam!, ahí estaban las pastillas, y los clientes, y todo este rollo. No sé, supongo que me dejé llevar. No presté mucha atención al modo en que se desarrollaba mi propia vida. Y ya ves...

—¿Y vas a seguir siempre así? ¿No tienes ningún otro plan?

—¿Como cuál?

—No sé. ¿Llegar a algo con tu grupo? Ya sé que lo de la música está difícil; pero, tal vez, no sé, ya sabes que no hay que rendirse.

Gusto esboza una sonrisa torcida.

—No creo que el mundo esté ansioso por encumbrar a tres tíos que se dedican a tocar versiones de viejos roqueros. Además, tampoco somos muy buenos.

—Y ¿por qué no estudias algo, como hacen todos?

—Como hacen todos... ¿Y qué se supone que debería estudiar?

—Eso es cosa tuya. Es una decisión que tienes que tomar por ti mismo.

—¿Y si no quiero tomarla? ¿Y si no sé hacerlo? No es tan sencillo.

—¿Y un trabajo? Podrías buscar un trabajo. Eres un chico listo.

16 —Qué gracioso. También podría buscar al monstruo del lago Ness. Seguro que lo encontraba antes. Además, yo ya tengo un trabajo.

—Me refiero a un trabajo honrado.

—Ah, pero ¿hay de eso?

—No seas sarcástico. Me refiero a un trabajo más, digamos, normal. O por lo menos legal.

—Eso no estaría mal. Lo de legal digo, porque no me va esto de tener que estar todo el día en tensión, controlando si aparece un coche de policía. No creas que me acostumbro; pero no, gracias. No quiero encadenarme a una rueda de la que luego no pueda soltarme.

—¿Y ahora no estás encadenado?

—Esto es distinto.

—¿Seguro?

—Sí. No tengo intención de seguir pasando pastillas hasta la jubilación.

—Eso tenlo por seguro. En ese mundo nadie llega a viejo. Además, dudo mucho de que exista el hogar del traficante jubilado.

—Ahora eres tú el que está siendo sarcástico.

—Perdona, chaval.

—No importa. De todas maneras, no creas que no sé todo esto que me estás contando. No soy idiota. Además, este no es mi mundo. Ahora mismo solo es una manera de poder disponer del tiempo y los recursos para decidir tranquilamente, sin presiones, qué voy a hacer con mi vida.

—Eso ya es algo, pero ¿y tus clientes? ¿No has pensado que a lo mejor ellos también podrían hacer otra cosa con sus vidas que financiar tu año sabático?

17

—Esa es su decisión, no la mía. Yo no obligo a nadie, ni voy por las puertas de los colegios ofreciendo caramellitos con droga, así que no intentes cargarme con esa culpa. No te pega.

—Lo sé, chaval, perdona. El «viejo Román» ha sido momentáneamente poseído por algún demonio retrógrado y moralista.

—A lo mejor, con una de mis pastillitas, logras sacárselo de dentro al «viejo Román».

—Eso no ha tenido gracia.

—Lo sé, pero no he podido contenerme... Es algo que me pasa a menudo...

Durante unos segundos, el silencio se viste con el aire frío y seco de la mañana, una mañana de marzo como tantas. Gusto y Román escrutan el cielo plomizo con los ojos entrecerrados, las pupilas incómodas por la luz del sol que se filtra a través de las nubes. Entonces, como surgidos del vaho que se escapa de entre sus labios, aparecen

las figuras de dos chicos que, con los pasos rápidos y tensos, se dirigen hacia ellos. Gusto, que sabe de quiénes se trata, se encamina hacia los dos jóvenes. Quiere poner la suficiente tierra de por medio, pues no se siente cómodo haciendo «negocios» junto al quiosco de Román. Tal vez sea por no incomodarle, o tal vez no sea más que un residual sentimiento de vergüenza. Aunque, quizás, ese sentimiento no sea tan residual.